

va la poesia quatrecentista (en un treball publicat el 1991) i editava les obres de Jeroni Pau (1986); d'una altra, encara, M.C. Gómez Muntaner publicava novament els textos del *Llibre Vermell* de Montserrat (1990) i donava, així mateix (1980), tot un seguit de textos poètics dels segles XII-XIV; al seu torn, el canonge vigatà Jaume Collell havia lliurat al públic durant els darrers anys del segle passat una mostra del que havia estat el conreu de la poesia llatina a Montserrat durant els segles XVI i XVII.

Tot aquest material dispers, acompanyat de noves aportacions espigolades per l'autor en manuscrits (el *Còdex Brenach* de l'Arxiu Episcopal de Vic), en incunables (Martí Ivarra) o en obres de caràcter enciclopèdic, com els diccionaris de Torres Amat, Bover o Pastor, o, encara, en altres obres més recents i ja oblidades, és la base a partir de la qual ha estat elaborada la primera visió panoràmica del que ha estat el procés històric de la poesia llatina dins l'àmbit català.

Queda molt encara per fer en el camp de l'edició de textos de la poesia llatina composta a Catalunya (pensem, per exemple, en obres com la de l'humanista Martí Ivarra); però no hi ha dubte que ha d'ésser d'una gran utilitat una obra com la present, en la qual el lector es podrà remuntar fins a l'època daurada de Ripoll, que abasta els segles X i XI i que s'allarga fins al XIII (amb poetes com l'abat bisbe Oliba, Joan de Fleury, el

monjo Oliva i els *Carmina Rivipullensia*), per a continuar amb altres centres monàstics, com els de la Cartoixa de Scala Dei (segles XII-XIV) o Montserrat (segles XVI-XVII, amb les figures del monjo Antoni Brenach, de Descaulies, Domingo Senach o Anselm Forcada) i també amb diverses seus episcopals, fins a arribar al mateix segle XX, no sense haver passat per davant de les insignes figures d'humanistes com Pere Miquel Carbonell, Jaume Ripoll o Ferran Valentí, ni sense haver contemplat el segle d'or mallorquí (on sobresurten, entre altres, Nicolau Llabrés, Josep Barceló, Jaume Botellas, Baltasar Calafat i Joan Muntaner), l'esplendorós esplet dels jesuïtes del segle XVIII (amb Joan Surià, Bartomeu Pou i Josep Pons, entre altres) i la gairebé agònica producció del segle passat (representada per Jaume Rodoreda, Salvador Marca, Antoni Munar, Bonaventura Sastre, Antoni Pelechà i Manuel Lassala) o de l'actual (en què escriuen autors com Josep Fonts i Surinyach, Tomàs Vinyas i Pedro J. Palmer).

Saludem des d'aquí aquesta nova aportació del professor Medina, amb la qual resta una mica més cobert el buit fins ara existent en el camp del coneixement de la tradició llatina al nostre país.

Jesús Alturo

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Ciències de l'Antiguitat
i de l'Edat Mitjana

ROBINS, Gay. 1993, 1996.

Las Mujeres en el Antiguo Egipto.

Londres: British Museum.

Madrid: Ediciones Akal. 236 p., 85 ilustraciones.

Los documentos con que contamos para la reconstrucción de la historia de la sociedad del antiguo Egipto, inevitablemente nos ofrecen una abrumadora mayoría de datos referentes a las clases dominantes, circunstancia paralela a la que cabe esperar de la investigación histórica de cualquier sociedad antigua.

Igualmente inevitable resulta el hecho de que, salvo raras excepciones, si queremos un enfoque directo y realista del tema, el segundo elemento del binomio hombre-mujer, nunca fue dominante, respecto al primero, en Egipto, en igualdad de contextos socio económicos, por mucho que queramos

—y debamos— tranquilizar nuestras razonables aspiraciones éticas, haciendo referencia a alguna remarkable excepción, como la de la reina Hatshepsut, de la XVIII dinastía, a la relativa independencia económica de algunas mujeres egipcias, o a la superioridad de sus derechos y roles sociales, comparados con los de las mujeres mesopotámicas o griegas.

Como todo estudio histórico riguroso sobre temas que, por relativa escasez de datos, resultan difíciles de abordar, el libro de la Dra. Robins supone una aportación de interés para la egiptología. Ciertamente, la intención de evitar aquí la expresión «de gran interés para la egiptología» está desprovista de tendencia alguna a limitar el tema tratado por la Dra. Robins a un interés de carácter feminista. Personalmente encuentro tan igualmente malsonados ambos términos —machismo y feminismo—, como antiética la frecuente e incorregible aspiración humana al dominio en sí. Por el contrario, la intención es recordar con respeto la precedente obra de la Dra. Christiane Desroches Noblecourt, *La Femme au Temps des Pharaons*, publicada en 1986.

Varios estudios sobre aspectos parciales de la mujer en el antiguo Egipto fueron publicados antes y después de estas obras, pero debido a la precedencia en el tratamiento monográfico del tema por parte de la Dra. Desroches Noblecourt, el libro de la Dra. Robins requiere cierto tratamiento comparativo.

En mi opinión, estos aspectos comparativos hubiesen sido de apreciar en la propia obra de Gay Robins, en cuya relación bibliográfica no aparece la monografía precedente, que es, por otra parte, tan bien conocida por los egiptólogos, como lo son todas las obras de la Dra. D. Noblecourt.

Desroches Noblecourt trata el tema de forma precisa y rigurosa, sustentado por una documentación bien trabajada y abundante bibliografía, guiada por un deseo de resaltar la importancia del papel de la mujer en la antigua sociedad egipcia, quizás de forma algo idealista, tratando de omitir compara-

ciones enojosas con el rol masculino y presentando la obra con su característica narrativa fluida y elegante, de connotaciones poéticas y místicas —tal vez, de forma más precisa, captando y expresando su propia conexión con la poesía y la mística del pensamiento egipcio—. Algunos párrafos de la conclusión de su obra pueden resumir la orientación de esta autora —que podemos situar cronológicamente no muy alejada de los pioneros de la egiptología europea— y recordarnos su narrativa amable.

«Au cours de l'enchânement millénaire des générations d'Égyptiens, et dans toutes les classes de la société, la femme, comme on a pu le constater, fut investie de prérogatives égales, sinon identiques —chaque spécificité étant bien entendu prise en compte— à celle de l'homme». «[...] Tout était, en réalité, dans la main de Dieu, le Suprême Créateur. Comment, alors, contester ses créations? L'homme et la femme avaient été, sur son ordre, façonnés de la main même du divin potier: les sexes furent également différenciés para la volonté du Tout-Puissant, comme il l'avait voulu pour les membres de la "société" divine. Chacun devait accepter son sort;». «[...] De fait, la contrainte ne pèse pas plus sur l'homme que sur la femme, mais cette totale égalité ne va pas sans le respect de la diversité ayant présidé à la Création. A chacun son rôle, sa place, en toute équité». «[...] La place de la femme, dans la société égyptienne d'alors constitue donc une des plus belles démonstrations de la modernité de cette civilisation que a su faire de la mère, de l'épouse ou de la fille, l'objet de la très parfaite égalité dans la plus logique des différences, état que l'Européenne du début du XX siècle était, à bien des points de vue, loin d'avoir atteint».

La aportación de Gay Robins es más objetiva, más realista. Igualmente bien documentada —en numerosas ocasiones con la misma documentación que la de la monografía anterior— la autora ofrece un estudio también riguroso, desarrollado con los métodos característicos de la investigación sociológica. Muy a menudo ofrece breves

estadísticas comparativas sobre las informaciones aportadas por los documentos que recogen referencias a los papeles de los hombres y de las mujeres. Esta obra es presentada de forma descriptiva, sin muchos comentarios personales, u opiniones, que probablemente hubiesen podido desviar su contenido hacia terrenos reivindicativos o a actitudes críticas, carentes de sentido alguno, cuando se aplican a una cultura con escalas de valores sociales y culturales muy distintas de las actuales. Alguna cita de la conclusión de Robins nos indica claramente el enfoque divergente del de la autora anterior:

«Los testimonios muestran que el papel principal de las mujeres egipcias era criar hijos, llevar la casa y dirigir su economía, ayudar a acumular riqueza, a través del intercambio de bienes excedentarios (con frecuencia producidos por ellas mismas), tejer telas que eran fundamentales para el vestido y producir la harina y el pan básicos en la dieta egipcia». «[...] La *esposa del dios* o la *adoradora divina*, alcanzaban un alto rango en el culto de Amón-Re en Tebas y en la Baja Época la propietaria de la función llegó a ostentar el poder supremo en el lugar. Sin embargo, en líneas generales las mujeres no alcanzaban el poder ejecutivo. El extraordinario acontecimiento que fue una mujer ocupando el trono era ajeno al concepto egipcio de realeza y cuando Hatshepsut llegó a ser rey, presumiblemente debido a la fortaleza de su carácter, su sucesor hizo todo lo que pudo para eliminar su gesto de audacia de los monumentos. Las mujeres estaban excluidas de la burocracia letrada y aunque los niños iban a la escuela, las niñas, no. Un padre querría que su hijo se convirtiese en escriba, pero las expectativas para una hija estaban en el matrimonio y la maternidad. Las mujeres tenían el derecho de adquirir riquezas por medio de su esfuerzo personal o por herencia y en teoría eran iguales a los hombres ante la ley, pero una mujer que no contase con la protección de un hombre probablemente corría muchas veces el riesgo de verse explotada». «[...] No obstante, las mujeres en el arte Egipcio,

en contraste con el del Imperio Neo-asirio o el de Grecia, por ejemplo, figuran de manera destacada como parte de la familia y esto se puede tomar como un reconocimiento por parte de los hombres de la importante contribución hecha a la sociedad por las mujeres y de su parte activa en ella. Tal vez sea posible ir más lejos. El estudioso del arte de la Grecia clásica puede sospechar que a los antiguos griegos nunca les gustaron las mujeres en absoluto. El arte egipcio no deja lugar a semejantes dudas».

En mi opinión, Gay Robins se aproxima de forma más objetiva —y acorde con mi propia visión del tema— a lo que fue el verdadero papel de la mujer en la sociedad del antiguo Egipto, aunque D. Noblecourt capta mejor el enfoque sincrónico del tema, de la propia mentalidad egipcia.

Por lo demás, aunque las dos autoras ofrezcan conclusiones divergentes, el desarrollo de ambas obras es muy similar y también lo son los datos manejados y los aspectos de la sociedad egipcia tratados.

Ambas autoras estudian el tema de la realeza femenina, centrado en el rol de la consorte real, la excepción de las cuatro mujeres que ejercieron el reinado, de los matrimonios reales entre padre-hija y hermano-hermana, el papel de la mujer en el matrimonio, la fertilidad, el embarazo, el nacimiento, los hijos, la familia, el hogar y la posición económica y legal de las mujeres. Si bien, mientras D. Noblecourt ensalza y destaca el papel de la mujer en los datos manejados, Robins compara este papel con el del hombre y ofrece breves estadísticas, seleccionadas entre documentos muy similares a los manejados por D. Noblecourt.

Es de apreciar el capítulo dedicado por G. Robins al papel de la mujer en la religión personal y la muerte, en el que trata de las estelas y los tejidos votivos, de las visitas al templo, del culto doméstico, de las mujeres en los cultos funerarios, del enterramiento de las mujeres y de los ritos funerarios para mujeres. D. Noblecourt, en cambio, hace alusiones a algunos de estos temas, repartidas en distintos capítulos.

Por el contrario, D. Noblecourt dedica un amplio capítulo a las deidades femeninas en la mitología religiosa egipcia, muy valioso, que refleja el ideal egipcio de organización social de ambos sexos, tema que es tratado de forma breve y muy general por G. Robins en la introducción de su obra.

Tal vez, un simple artículo hubiese servido a G. Robins para modificar la visión de D. Noblecourt sobre la mujer en la antigua sociedad egipcia, dado que la primera autora describe en su obra lo que la otra había narrado anteriormente, modificando —sin citarla— la opinión subyacente en la monografía

anterior. Si bien, quizás mi interés personal por temas bien distintos de investigación del antiguo Egipto, haya podido llevar mi crítica a una injusta falta de aprecio del verdadero valor de esta segunda conclusión, divergente de la anterior, sobre el papel de la mujer en la sociedad del antiguo Egipto, obtenida mediante documentos muy similares a los manejados en la monografía de D. Noblecourt.

María Antonia García Martínez
Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Ciències de l'Antiguitat
i de l'Edat Mitjana

HAJNÓCZI, G. (a cura de). 1995.

La Pannonia e l'Impero Romano. Atti del convegno internazionale «La Pannonia e l'Impero Romano». Accademia d'Ungheria e l'Istituto Austriaco di Cultura (Roma, 13-16 gennaio 1994).

Roma: Ed. Electa, 379 p.

Tenim davant nostre la publicació d'un congrés que, a Roma estant, i sota els auspicis de l'Acadèmia d'Hongria de Roma i l'Ambaixada d'Àustria a Itàlia, en representació de l'Institut Austríac de Cultura, va recollir en forma de ponències alguns dels més recents estudis, realitzats per especialistes locals i foranis, sobre l'antiga província romana de la Pannònia, històricament situada en el territori dels actuals estats d'Àustria, Hongria i d'una part de l'antiga Iugoslàvia. La present ressenya intentarà transmetre al lector el gran interès que desperta aquest recull del balanç global en diferents camps de l'experiència romana a la Pannònia, especialment si l'observem des del punt de vista un xic relativitzador de la diversitat dels fenòmens d'ocupació militar, i posterior provincialització, amb tot el que això significa, que Roma com a metròpoli va dur a a terme al llarg de la seva expansió fora d'Itàlia i, en particular, en àrees relativament allunyades del cor del seu imperi, el Mediterrani. Aquest procés conduirà Roma ja des dels inicis de la seva expansió tant a l'extrem occidental del món conegut,

Hispania, com especialment per al cas que ens ocupa, fins als límits nord-orientals del seu imperi, la Pannònia, frontera aquesta que també compartirà amb les noves províncies del Nòric, l'Il·líric, la Rètia, la Mèsia o la Dàcia, consolidades ja ben entrada l'època imperial. Per a valorar la importància creixent de la Pannònia dins del panorama de l'expansió de l'Imperi després d'August, que arribarà als seus màxims històrics en el segle II dC, només ens cal recordar que el mateix emperador Maximà era originari d'aquesta província, la qual cosa significa que en el segle III la Pannònia havia aconseguit assegurar en el tron imperial un membre de la seva aristocràcia provincial, com ja havia succeït anteriorment i sense anar més lluny en el cas d'Hispania durant la primera meitat del segle II en els casos dels emperadors Trajà i Adrià, d'origen bètic. Així, i a banda de proporcionar futurs emperadors, si allò que realment tenien en comú la Pannònia i les províncies hispanes era precisament haver estat dominades militarment per Roma, malgrat que sota condicionants històrics perfectament diferenciables, aquell